

MENORCA ILUSTRADA



CALAS COVAS.—Fot. L. MIQUEL.

Julio de 1929

Año I

Núm. 6

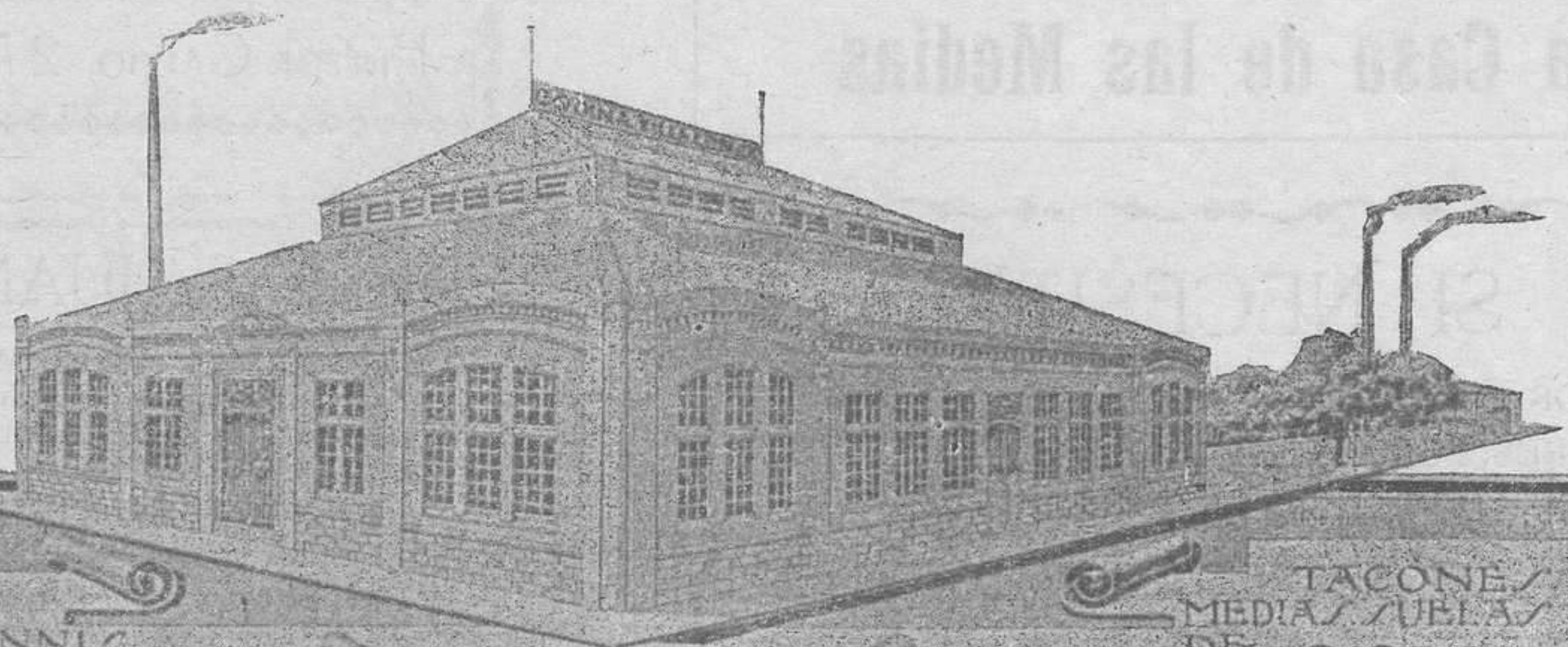


ALPARGATA /
ZAPATILLA /
ZAPATO / TENNIS /
CON ZUELA / B GOMA

TACONE /
MEDIA / ZUELA /
DE GOMA

J. CODINA VILLALONGA
MAHON-BALEARES





ALPARGATA /
ZAPATILLA /
ZAPATO / TENNIS /
CON SUELA DE GOMA

TACONE /
MEDIA SUELA /
DE GOMA



J. CODINA VILLALONGA
MAHON - BALEARES



Fábrica de artículos de goma y amianto

Tubos—Mangueras—Planchas—Válvulas de goma—Amiantos—Empaquetaduras—Peras—
Cánulas—Sondas—Bragueros—Fajas y Medias de goma, etc., etc.
FABRICACIÓN DE SELLOS DE GOMA (Cauchú).
REPARACIÓN y RECAUCHUTAJE DE NEUMÁTICOS y CÁMARAS.

ENRIQUE CODINA Unión, 8. - Palma de Mallorca

EL REY DE LA ROPA BLANCA

POR SU INMEJORABLE CALIDAD
ES LA MÁS ECONÓMICA

Venta exclusiva:

La Casa de las Medias

SI NECESITA

SELLOS DE CAUCHÚ, FECHADORES, NÚME-
RADORES, PLACAS ESMALTADAS, TAMPONES,
IMPRENTILLAS, ETC. ETC.

PÍDALOS EN ESTA IMPRENTA

La Menorquina

PENSION ECONOMICA
y a todo estar.

Berga, 5 y 7

Palma de Mallorca



Panadería, Pastelería y Confitería Forn de Plassa

P. Mayor, 39-40.—Teléfono, 363
Palma de Mallorca

Casa predilecta del Turista. - Proveedor de la Pastelería Alhambra

Sucursal Calle San Miguel, 32

Especialidad en Ensaimadas para la Exportación



CASA PONS HUÉSPEDES

PINTOR CALBO, 27 MAHON

Platería de JUAN RAMÍREZ

Con receta de los Sres. Médicos, servimos lentes
y gafas con toda clase de armazones y monturas, y si
se desean, con los cristales extra, marca «N. G. Busch»
y «Axcyl».

RECAMBIOS Y COMPOSTURAS

Rapidez en los encargos. Precios económicos.

C. Hannover, 17 - MAHÓN (Menorca)



Casa MALONDRA

(Fundada en 1908)

Máquinas, Muebles
y material para
organizaciones
comerciales

Largos Plazos

Taller de Reparaciones

Jaime II, 78.-PALMA de Mallorca

La Moda Práctica

La revista de modas más útil,
elegante, económica y de ma-
yor circulación.

Trimestre, 2'25 — Semestre, 4'50.
Año, 9'00

Se publica el 5 y 20 de cada mes.
Informes en esta Imprenta y en
Palma, Alfarería, 48-2.º

MENORCA ILUSTRADA

REVISTA MENSUAL

Dirección, Redacción y Administración: Plaza de la Constitución, 2.—Villa-Carlos (Menorca-Baleares)

Precios de suscripción anual: España, 12 ptas.; Extranjero, 20 ptas.—Pago anticipado.

No se devuelven los originales aunque no se publiquen.

Prohibida la reproducción de texto, dibujos y fotografías.

Interpretación histórica de la guerra de África

(Premiado en el concurso celebrado en el presente año por el Casino de Clases del Ejército y Armada de Mahón)

HAY momentos en la historia de los pueblos de una trascendencia de siglos. Aquel incendio de Sardes que despertó la cólera de Darío, fué como todo el mundo sabe la chispa que despertó eterno odio entre los griegos y los persas, odio que a través de los años y las décadas continuó inmutable. Bastó en la Conferencia de Ausburgo, que Metluchón discrepara en un punto con los católicos, para que éstos y los protestantes, quedasen en lo sucesivo divididos. Sin el Consejo de Necker, para que Luis XVI convocara los célebres Estados Generales, la Revolución Francesa o no hubiera estallado, o hubiera tardado mucho en estallar. Por último, si Godoy no hubiera pecado de ser un poco inepto, es posible que la invasión francesa, no hubiera tenido nunca lugar en nuestro país. Vemos, pues, que la vida de las naciones, como la de las personas, está sujeta a variaciones arbitrarias a veces casuales, y de las que únicamente al destino se puede culpar. Así como un hombre, que pudiendo haber tenido una carrera brillante, por un



tomara, esta habría de aceptarse para siempre, siendo el hombre demasiado mezquino para oponerse a la fuerza de los hechos.

No puede dudarse, pues, que un hecho que surgió en un momento al impulso de causas inevitables, puede pesar eternamente sobre la vida de un hombre, o sobre la vida de una colectividad. La historia de nuestra patria es por causas de posición, clima, raza, una de las más accidentadas y una de las más ricas en acontecimientos inesperados. Desde que valle feliz y florido, es presa de los pueblos ários o indoeuropeos que en ella se establecen como en el resto de Europa, hasta la invasión de los franceses en el año de 1808, España tiene que pasar por el dolor de verse constantemente atacada y desmotada por pueblos y razas tan distintas, que hay un momento en que se precisan dos legislaciones distintas que en la Historia del Derecho se conoce con el nombre de dualismo jurídico. Y de este fenómeno que tan constantemente se produce en nuestra nación, ¿a quién culpar? ¿a los gobernantes? No por cierto, pues ellos son los

cambio inequívoco de su marcha en la vida, no pasa nunca de ser un pobre oficinista; lo mismo una nación, que pudo desempeñar un alto grado en el concierto del Continente, tiene que conformarse por causas ajenas a ella a un modesto puesto en el engranaje mundial. Y es que por algo hubo en Atenas un célebre bohemio, fundador de la escuela de los cínicos que despreciaba a los hombres, porque no ignoraba su insignificancia en el mundo de los fenómenos, y que no hacía caso alguno de la vida, porque sabía que la marcha que ésta

primeros en repeler la invasión, como ocurre por ejemplo en la Guerra de la Independencia, cuando la Junta Central, presidida por Floridablanca y en la que des-cuella Jovellanos, es la primera que con las Cortes por delante huye del invasor a la Isla de León. ¿Al pueblo?, menos. Porque ¿habrá necesidad de citar la resistencia de Numancia y Sagunto, o la de Gerona y Zaragoza? ¿A quién culpamos, pues? A las circunstancias. A las circunstancias que hacen que España sea una península situada al Sur de Europa, y accesible por la costa

levantina desde el Ebro, hasta el extremo occidental de Andalucía, y que por el estrecho de Gibraltar está casi tocando el continente Africano. A las mismas circunstancias que hacen sea España una tierra floreciente y acogedora, al mismo tiempo que de un clima cálido y un cielo espléndido, y que por lo tanto es deseada por todos los pueblos colindantes. ¿Puede alguien evitar esto? Pues bien; tenemos a España que languidece bajo el peso de los últimos reyes visigodos. Después del reinado fuerte y vigoroso de Wamba que hace derramar la sangre del traidor duque de Paulo en la Septimania, vienen los reinados decadentes de Witiza y Don Rodrigo en el último de los cuales la desmoralización y el mal gobierno ha llegado a un extremo verdaderamente peligroso; España es presa de discordias. El obispo D. Oppas, intriga contra el Rey. Los hijos de Witiza reclaman para sí el trono que creen les corresponde, y toda la nación en general está revuelta y desacorde. En estas mismas circunstancias es cuando el Imperio musulmán ha llegado al periodo de su mayor esplendor. Aquel Imperio que se extiende desde el Carpio al Golfo Pérsico, y desde el Indo hasta las costas del Atlántico, se ha apoderado de Persia y se ha extendido por toda Asia; al mismo tiempo ha logrado también ensancharse por el Norte de Africa, a cuyos habitantes incultos y fanáticos ha logrado sugestionar con los encantos materialistas de su grosera religión. Abu-Becker y Omar, los dos primeros Califas que han sucedido al gran Profeta, son en el momento los señores del mundo. ¿No es natural, lógico e ineludible, que este pueblo vigoroso y fuerte que nace y que domina en el Mediterráneo, se apodere de España, que cercana a su Imperio agoniza debilitada por un gobierno funesto y una encarnizada guerra civil? En efecto, así sucede, y en la primavera del año 711 cuando reina en España D. Rodrigo, los árabes acometen la magna empresa al frente de Muza y de Tarick, quienes con suma facilidad, siguiendo la cuenca del Tajo llegan a Toledo, y desde aquí dominan las dos Castillas, hasta que llegando a la región cantábrica, tropiezan con el mayor obstáculo que a invasor alguno se ha presentado. La raza propiamente, que acogida a las laberínticas montañas asturianas, se hace fuerte y se prepara con toda su alma a resistir la brutal acometida de los sarracenos. Lo demás es bien notorio: después de Pelayo, Alfonso II el Casto, logra expulsar a algunos bereberes que acogidos al amparo de las declinaciones del terreno, preparan una emboscada para dar al traste con la monarquía Asturo-Leonesa, y desde el siglo XI hasta el XV que dura la reconquista, la Historia de España es una verdadera cadena de hechos militares cuyo fin es, o bien la resistencia al invasor, o la ofensiva para reconquistar lo perdido. Alfonso VII en Almería, Alfonso VIII en las Navas, San Fernando en Sevilla, el Rey Sabio en Niebla, combaten por la integridad del territorio y por el triunfo de la raza ibérica, sobre la raza arábica. Más que guerra, es una pugna constante, una

lucha sorda que tiene lugar no solo en el campo de batalla, sino también en las ciudades. Una lucha por mantener nuestro arte, nuestro idioma, nuestras costumbres y nuestra religión, al amparo del contagio árabe. Porque error funesto padece quien crea a los árabes, como un pueblo que en su época sostuvo en sus manos la antorcha del saber. Nada crearon, y mucho copiaron. Por mucho que rebusquéis en los archivos más repletos de España, no me sacaréis ninguna obra árabe, bien sea de literatura, arte, ciencia, filosofía, que sea producto de una escuela propia, que sea una obra original, una obra de raza. Los árabes en sus libros, no hicieron sino copiar. Los neoplatónicos de Grecia, y los peripatéticos, fueron sus inspiradores, y al calor de ellos surgieron Alfarabi y Alquendi. Aristóteles fué en sus manos el molde de cera dó sacaron sus obras más famosas; toda la Grecia artística y filosófica, fué saqueada en el campo del saber por ellos. No fué un pueblo que pensó. Fué un pueblo que robó. Quitad a Abderramán III y al Califa Hixen II, que fué gran amante de las letras, y lo demás no pudo ser más embrutecedor de lo que fué para nuestra Patria. Reinando Hacken II, nuestros preclaros santos Alvaro y Eulogio, son pasados a degüello por la morisma inculta, que no transige con la religión de los cristianos. A los que no se someten al mahometanismo, adjudican gravosos impuestos. Nuestra raza choca inevitablemente con la suya, no coincidimos en nada; por otro lado, ninguna obra buena les debemos. Nada aportan a nuestra ciencia, nada a nuestro derecho; al contrario, lo toman de nosotros; nada a nuestras costumbres, pues lejos de aceptarlas el pueblo las repele. La degeneración y la sensibilidad enfermiza de los árabes, están en pugna con la entereza y virilidad del pueblo castellano. La crueldad de aquellos nómadas, asquea a los españoles donde el cristianismo naciente ha suavizado notablemente las costumbres. Es el árabe el pueblo devastador y violento que al mismo tiempo es un contemplativo; por el contrario, el español vive quieto en su casa y a nadie molesta, y al mismo tiempo, al contrario que el árabe, no se abandona a un subjetivismo idolátrico, sino que crea y trabaja. La industria española naciente, sirve de presa a los musulmanes que no hacen más que comerciar. Y así, en aquellos mercados de la España islámica, el español lleva sus productos, y el árabe, mediante su dinero, es el que se aprovecha de ellos. Vemos, pues que la guerra de la Reconquista española, está más que justificada, y lo demuestra un hecho. España está sin gobernantes; Don Rodrigo, sea por la fábula del Guadalete, sea por la causa más histórica de su huida a Portugal, ha desaparecido de la nación. El pueblo, pues no tiene quien le dirija. Nadie le coaccionará. El es dueño de sus actos. De él depende someterse o no al árabe invasor. ¿Porqué no lo hace? Si realmente es un pueblo culto, si realmente es un pueblo humanitario, un pueblo libre, de una política sana y vigorosa, ¿porqué no acepta esa especie de constitución? Por el contrari

de un
mo r
allí,
dond
pone
te po
dire
que
la co
somo
sigue
redu
niado
de C
prob
expu
Alha
blo p
En l
Chic
ha d
otro
ción
mira
y co
sang
veni
confi
da p
pion
La s
de A
acor
siga
guer
cons
tro p
que
fué
el p
por
casa
que
te a
pide
las
que
Esp
mie
hac
nez
su r
ga
Em
Me
los
Em

de unirse a él, el pueblo retrocede instintivamente, como retrocede un hombre al contacto de un reptil, y es allí, en Asturias, «cuna de la Constitución española», donde un grupo de indígenas se hace fuerte y se dispone a resistir, y que sin consultar a nadie, únicamente por impulso propio, proclama a Pelayo, más que Rey, director de aquella diminuta Monarquía. Vemos, pues, que en sus principios, la guerra contra el musulmán «es la conciencia del pueblo». El lo ha querido; en vez de someterse a él, le ha declarado guerra a muerte, y así sigue luchando y combatiendo por su causa, hasta que reducidos al reino de Granada, y tras el calamitoso reinado de Enrique VI el Impotente, sobrevienen al trono de Castilla los Reyes Católicos, y entre otros muchos problemas, tratan de resolver, y lo resuelven, el de la expulsión definitiva de los musulmanes. La toma de Alhama dá comienzo a la lucha, y antes de que el pueblo pueda darse cuenta, se han cumplido sus anhelos. En 1432 se ha tomado Granada, y en 1436 Boabdil el Chico abandona para siempre nuestra patria. El peligro ha desaparecido momentáneamente, pero Isabel prevee otro mayor. Isabel no olvida que España por su posición está casi tocando el continente africano; vuelve la mirada al pasado cuando España vivía tranquila, feliz y confiada y su sueño fué interrumpido por la sombra sangrienta de la media luna, y dirige sus ojos al porvenir y la vuelve a ver ¿quién sabe cómo?, tal vez más confiada y más serena y otra vez invadida y devastada por los hijos de Mahoma. Y entonces es cuando piensa que su obra empezada ha de quedar acabada. La seguridad de su nación exige que la costa del Norte de Africa sea suya, esto es, de su pueblo, y así no aconseja, sino manda a Cisneros que a su muerte prosiga la guerra fuera de la Península, que empiece una guerra de expansión en el territorio africano, porque considera que a un pueblo que dominó siglos en nuestro país, hay que mantenerlo a raya, si no queremos que por las puertas abiertas vuelva a entrar en la que fué su casa y que él considera suya. Por otro lado es el mismo pueblo el que hace ruegos a la reina católica porque se prosiga la guerra a los árabes en su misma casa. Es un impulso propio, el instinto que les avisa que mientras no dominen en los umbrales del continente africano, no podrán vivir tranquilos. El pueblo se lo pide repetidas veces a la reina, y los procuradores en las Cortes llevan las voces de sus pueblos respectivos que piden la guerra contra los musulmanes fuera de España. La reina accede. Y la guerra, a su muerte, comienza con los triunfos del capitán Pedro Navarro, que hace capitular la plaza de Melilla. El Cardenal Giménez de Cisneros alienta la campaña, lo mismo que en su regencia Fernando el Católico. Pero esta guerra llega a su mayor intensidad en el reinado de Carlos el Emperador. Este acomete la empresa de reducir en el Mediterráneo a todo el mundo oriental. Los turcos y los árabes y los benimerines son reducidos por él. El Emperador acomete, pues, la magna empresa de redu-

cir a todo el mundo oriental. La formación y engrandecimiento del Imperio otomano durante la segunda mitad del siglo XV, las piraterías de berberiscos y argelinos en el Mediterráneo, la rapacidad de que hacían víctima a los pueblos del litoral español, el temor de que los moros africanos pudieran estar en inteligencia con los moriscos españoles y la defensa de los intereses de España en Africa, tales fueron las principales causas que impulsaron al Emperador a hacer la guerra a los turcos. Un audaz pirata musulmán, Barbarroja, terror de los navegantes del Mediterráneo, había logrado hacerse dueño del reino de Argel, al que puso bajo la protección del Sultán de Constantinopla, recibiendo en cambio el cargo de almirante de la escuadra turca, y con ayuda de tropas del Sultán, habíase apoderado del reino de Túnez desde donde amenazaba las costas de Italia. Carlos V resolvió atacar a Barbarroja en el centro de su poder. Y organizó una expedición que el mismo dirigió en persona. Reunida una flota y un ejército el mes de Junio de 1535, desembarcó en la costa de Túnez, y después de acampar sobre las ruínas de la antigua Carthago, se apoderó del Fuerte de la Goleta y de la capital del reino tunecino, destronando al usurpador. Aquella campaña fué de gran resonancia y efecto moral, dando el Emperador la libertad a 20.000 cautivos cristianos. Con Carlos el Emperador, termina el periodo de las guerras de expansión en el Norte de Africa. Durante la Casa de Austria, queda anulado ante conflictos mayores el problema de Marruecos. Las difíciles y costosas guerras sostenidas en Europa por Felipe II, le impiden a éste atender y proseguir la campaña contra los musulmanes fuera de España. El testamento de Isabel la Católica está en suspenso, hasta el advenimiento de la Casa de Borbón en 1701, época en que a diferencia de los tiempos antiguos, se olvidan las guerras en Africa, y comienza el llamado periodo de «los tratados». Ya Carlos III celebró con el emperador de Marruecos el Tratado de Paz, y comenzó en 1767 determinando las atribuciones del Cónsul general español y de los otros agentes consulares. El Tratado de 1780, establece después las condiciones del comercio y los derechos de los españoles residentes en Marruecos. Bajo Carlos IV, se celebra otro Tratado en 1799, haciendo otras concesiones a los súbditos españoles. Por el régimen de los Tratados, España apoyada en sus plazas de soberanía, se iba creando una situación preponderante en Marruecos, a base del respeto a su soberanía y la intangibilidad del imperio. Esta situación impuesta por la necesidad de su conservación, por su seguridad, había de chocar con el imperialismo de otras potencias, exacerbada en el siglo XIX por el desarrollo de la gran industria. Inglaterra, en 1856; Francia y otras potencias en 1863, celebran con el imperio de Marruecos tratados semejantes a los españoles, en los que junto al régimen de capitulaciones y privilegios de los súbditos cristianos, se reconocía el derecho de protección a los agentes diplomáticos, Cónsules y Vice-

cónsules respecto a sus connacionales y personal, incluso los servidores de Legaciones y Consulados. La extensión exagerada de este derecho de protección al que se habían acogido no solo los servidores efectivos de los agentes extranjeros, sino todos aquellos indígenas que lo habían sido, o que habían prestado señalados servicios a las potencias, e incluso los dependientes marroquíes de los industriales extranjeros y las familias de todos estos, con perjuicio de la autoridad del Sultán a quien el régimen de protección iba dejando sin súbditos, produjo malestar en el Imperio y originó protestas y reclamaciones. Para resolver este problema, se reunió bajo la presidencia de Cánovas del Castillo, la Conferencia de Madrid de 1880, a la que asistieron casi todas las potencias europeas y los Estados Unidos. En esta Conferencia, no fué lo más interesante el contenido de los diez y ocho artículos del protocolo en que se ordena, reduce, limita y reglamenta el derecho de protección, sino la confirmación de la situación preponderante de España que reúne y preside la Conferencia e impone el principio de política internacional que le interesaba y convenía en Marruecos, o sea el principio de «statu quo» y de la intangibilidad del Imperio de Marruecos. Fué entonces Francia la que, contenida en sus aspiraciones sobre Egipto después del incidente de Fashoda, volvió sus ojos al Norte de Africa y puso su pensamiento y su voluntad en el rompimiento del «statu quo» marroquí, y en la anexión del Imperio de Marruecos. Al efecto, desde 1900, ya por actos de fuerza ante las agresiones a veces provocadas a sus súbditos, ya mediante negociaciones con el Sultán como el Convenio de 20 de Julio de 1901, ya negociando con las Kábilas, fué extendiendo su influjo en Marruecos por todos los métodos, modos y maneras de penetración. La oposición de los signatarios del Protocolo de Madrid de 1880, era lo único que podía estorbar la plena realización de sus ideales, y entonces emprendió la labor de negociar parcialmente con cada uno de ellos. Primero negoció con Italia, y el Convenio de 1901 por el que a cambio de desinteresarse Francia de Trípoli, Italia se desinteresaba de Marruecos, allanó el obstáculo italiano. Después pretendió resolver la dificultad española, y por el Convenio de 1902, acordaron que solo ellas tenían derechos preeminentes en Marruecos, se obligaban a no celebrar Convenios con terceras Potencias que implicasen la intervención de éstas en Marruecos, y se reconocían las respectivas zonas de influencia, correspondiendo a España la zona Norte con un extenso «interland» que abarcaba el reino de Fez, Tazza y la cuenca del Sebú, más una amplia zona en la región Sur con el puerto de Agadir. Pero el Gabinete Silvela se negó a ratificar el Convenio como hecho a espaldas de Inglaterra, y así quedó en proyecto el Tratado de 1902. Vemos, pues, como ya la tradición histórica es rota por el Tratado. El «statu quo» solo queda en teoría. Francia entonces, conviene con la misma Inglaterra las bases de un nuevo pacto, y como consecuencia surge el Convenio hispano-francés de 1904. Y

es entonces Alemania la que descontenta del Convenio por creerlo contrario a las bases de la conferencia de Madrid de 1880, protesta enérgicamente. El mismo Guillermo II visita Tánger, y entonces surge la famosa Conferencia de Algeciras. Pero Francia, no contenta con el pacto de Algeciras, negocia individualmente con Alemania en 1911, y como consecuencia definitiva surge el Tratado franco-marroquí de 1912, en el cual España asume la responsabilidad internacional de la parte de protectorado que le correspondió. Y hasta aquí están las cosas en el aspecto internacional. España por tradición histórica, y por el orgullo de Potencia civilizada, no podía abandonar la empresa. Mucho se ha hablado del problema de Marruecos, pero su esencia esa.

En los tiempos actuales, se ha cristalizado de modo definitivo la situación y pacificación del protectorado español sobre Marruecos. A ello ha contribuido la táctica desplegada por el ilustre caudillo Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera por una parte, y por otra el coraje tradicional en la historia de nuestros gloriosos infantes, que no escatimaron su sangre por dar a la historia-patria una página de gloria. Y aquellos gloriosos tercios que mandados por Capitanes tan heroicos como Bracamonte, Ulloa y tantos otros, nimbaban nuestra bandera de gloria en Pavía, en las Gravelinas, en San Quintín y en tantas y tantas batallas memorables; han surgido de nuevo con todo el esplendor y toda la fuerza tradicional de pasados tiempos. Y el heroísmo que tanto puede serlo en la victoria, como en el fracaso, señalara siempre a la Patria el camino a seguir en la penosa y heroica carga al paso de los Caballeros de Alcántara y en la persona del glorioso Millán Astray, el mutilado de guerra. La labor está realizada. Se cumplió el testamento de la excelsa Reina. ¡Y a vosotros, heroicos mártires de la Patria, que dejasteis sobre la tierra inhóspita vuestra sangre, dormid con orgullo, cara arriba, vuestro eterno sueño, porque la Patria agradecida grabará en la Historia con caracteres de oro vuestros nombres, con toda la unción y el respeto que se merece vuestro noble gesto!

He dicho.

ANTONIO PINA.

Efemérides de Menorca

9 Julio 1558.—Denodada defensa y gloriosa hecatombe de Ciudadela.

9 de 1644.—En el aniversario del heroísmo de Ciudadela, del que partícipes fueron bravos alayorenses, acrécese los lauros de la villa de Alayor, mediante el rechazo y derrota infligida a una invasión berberisca por hijos del pueblo, capitaneados por Miguel Barsola y Bartolomé Pons, quienes sellaron con su sangre los laureles de tan brillante jornada.

7 de 1799.—Las autoridades británicas hacen construir la fuente existente en Cala-Padera y canalizan la de S. Juan en la Colársiega para que pueda surtirse una numerosa escuadra fondeada en el puerto de Mahón.

Homenaje a la Vejez del Marino

El Ilmo. Sr. Obispo Coadjutor con el Excmo. Sr. Alcalde de Mahón, Sr. Comandante de Marina, Sr. Taltavull (Presidente de la Liga Marítima), los ancianos marinos homenajeados y familiares de S. I.



Señoritas que tripulaban una embarcación en las regatas.



La Liga Marítima

El Maestro JUAN BENEJAM



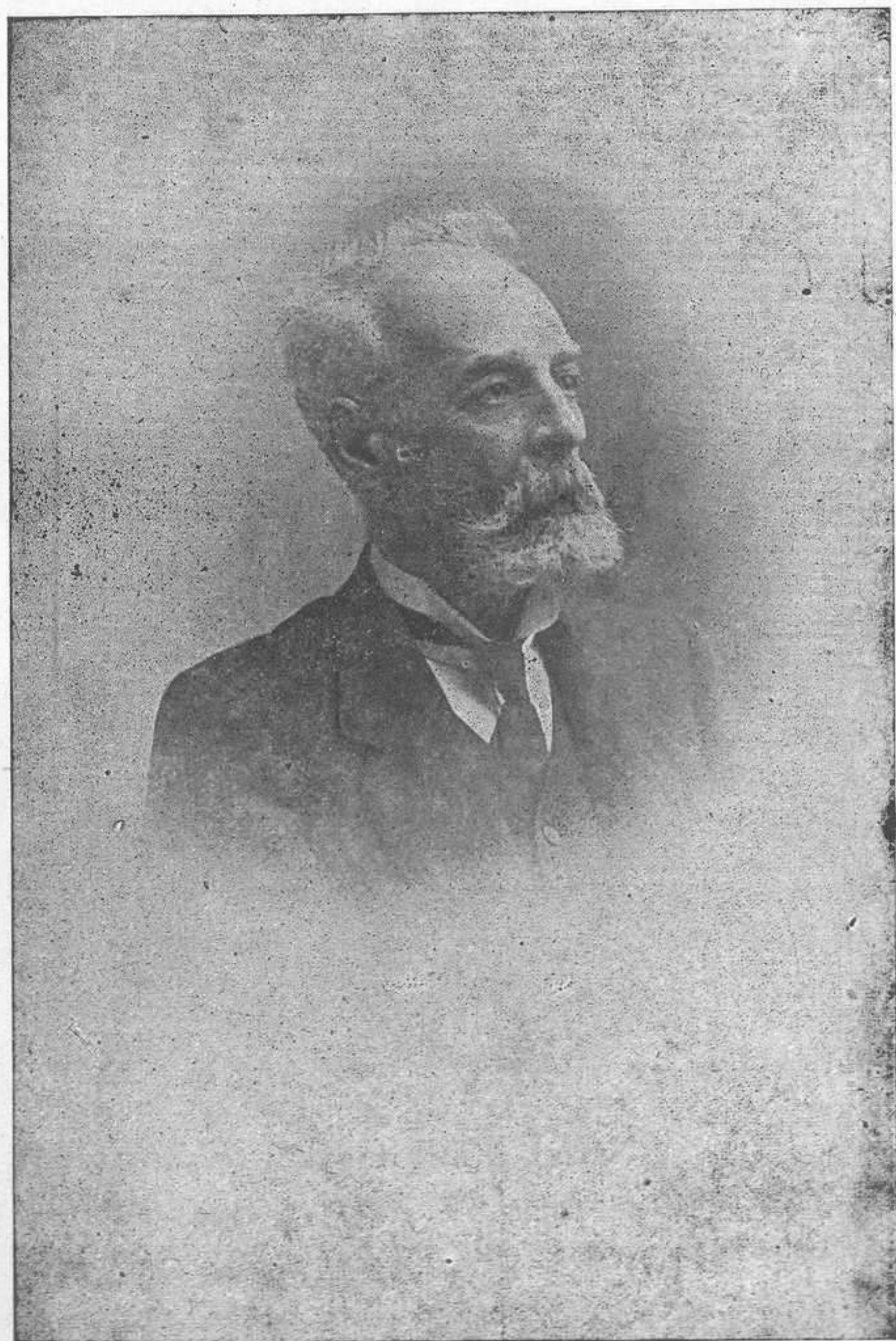
El Maestro a los 37 años de edad

MAL que nos pese, Juan Benejam Vives, llamado con razón Maestro de maestros, es un ejemplo de la injusticia de los hombres. La fama no ha sido con él—como no lo fué antes con don Angel—ni buena ni afectuosa, ni siquiera cortés. A raíz de su óbito, unos amigos—a quienes debo exponer mi agradecimiento, a fuer de buen ciudadelano—le dedicaron varios artículos y tres folletos, inspirados en el afecto, muy diverso en cada uno, al Maestro. Cavaller Piris trazó una biografía completísima y Pons Menéndez escribió un artículo definitivo. Yo no aporté nada al homenaje, porque aún no bregaba en mares literarios; sólo avanzaba un pié en la playa, impetrando el favor de los dioses para reunir tópicos descriptivos a favor de las puestas de sol, de las niñas cloróticas y de los cantos chirles. Pero esto no fué óbice para que comprendiera toda la trascendencia de los actos realizados. Eran dignos de loa; pero no proporcionarían al Maestro una memoria cultivada, firme, inexcrutable a las intemperancias del tiempo.

Ciertamente, por fortuna, (la fortuna es un ente inconsciente, una hipótesis para explicar las derivaciones del azar) no son estos motivos los que marcan las categorías intelectuales. Hay un más allá de mentalidad y de época; cabe una ordenada revisión de valores. «El genio apela siempre a las generaciones futuras, dolorido por la injusticia, agraviado por la necesidad, desconocido en todo o en parte», ha dicho, con ese maravilloso sentido que de la vida, de los hombres y de las cosas, posee, Antonio Zozaya.

Juan Benejam fué uno de los mejores pedagogos que brillaron en España en los últimos tiempos. Pero si en él era nota amplia la sabiduría, lo era característica su sencillez. La transparentan sus libros, elaborados con tal cariño y emoción que no parecen rasgos de su pluma, sino que efusiones del corazón. La sencillez fué su guía, huyendo afanosamente de las rimbombancias y estridencias de los soñadores de la inmortalidad. Benejam no quiso preocuparse de trazar las páginas destinadas a una antología; no quiso, ni de quererlo se lo permitiera su corazón, por esto, sin duda, fué un gran maestro.

Donde más claramente se prueba el maestro es en el amor a los niños. Y Benejam no tiene necesidad de revisar sus obras para demostrarlo. Basta coger una solamente, la que se quiera, pa-

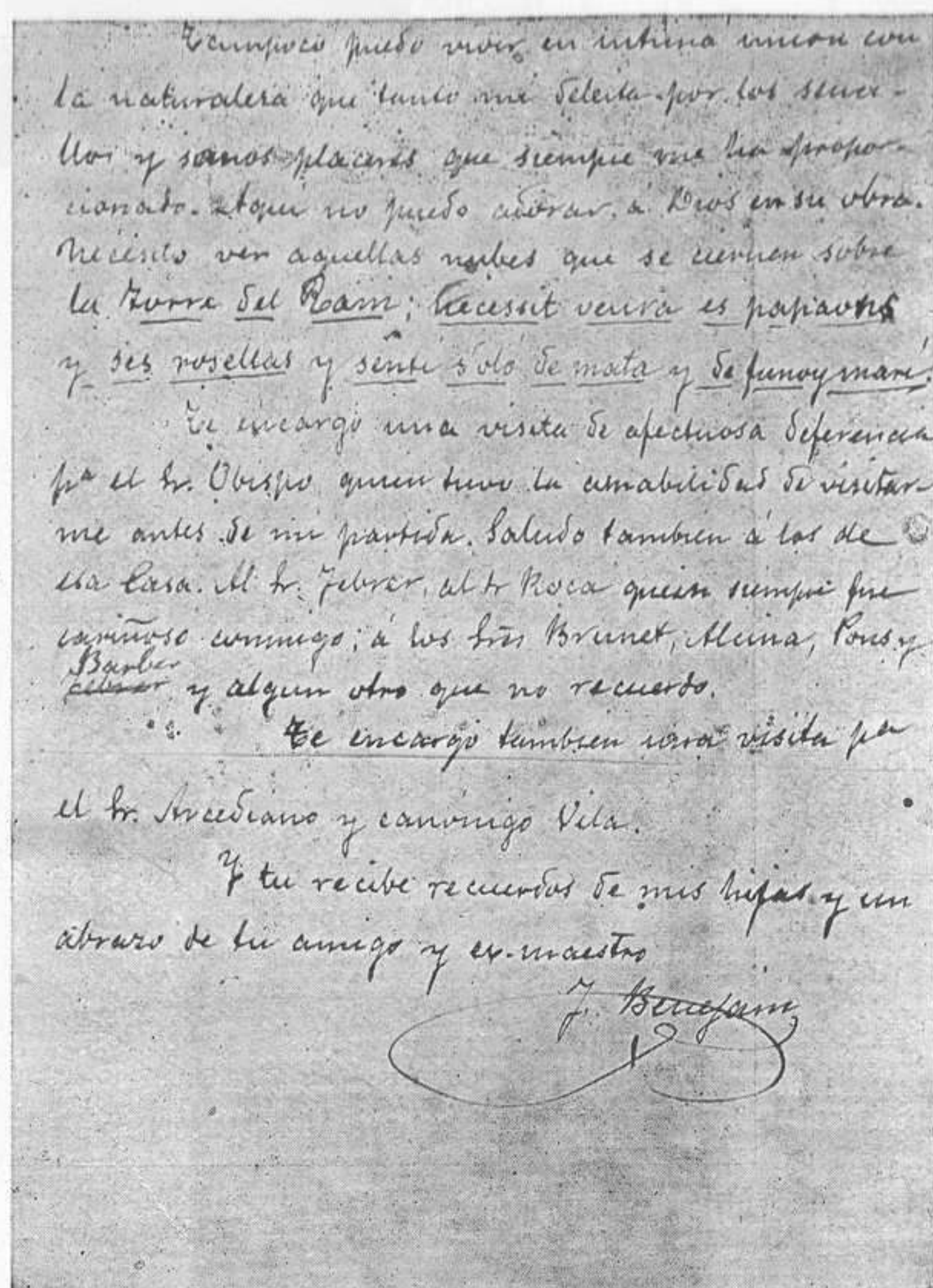


Uno de los últimos retratos del Maestro

ra convencerse de lo dicho. Todas, pues, están saturadas de cariño, de afecto, pero un afecto y un cariño puros, espirituales, inspirados en el que Cristo manifestó cuando dijo: «Dejad que los niños vengan a mí», y anunció la condenación eterna a los que escandalizaran sus almitas vírgenes. Así son «Alma de Maestro», «La Alegría de la Escuela», «Vida Nueva» y tantas otras, donde por un extraño e incomparable caso de ubicuidad aparece entero en cada una su corazón. Prueba de este afecto, prodigado en sus libros y que a todas horas pugnaba por florecer en su vida, guardo yo alguna. Era buen amigo de mi malogrado padre y recuerdo las preferencias de que me hacía objeto en sus espaciadas visitas a casa.

Vivíamos entonces en la calle del Beato Ramón, en una esquina. La casa era modosita. En el zaguán había unas sillas, en las cuales acostumbraba sentarse.

Al verle, sentía yo cierto temor. Me habían dicho que era un gran maestro, que escribía en los papeles, que pronunciaba unos discursos muy bonitos que «se sacaba de la cabeza», que era concejal y no sé cuántas cosas más. Lo cual me infundía un religioso respeto que no me ha abandonado jamás. Además, me asombraban sus barbas crecidas, blancas, rezándole la almidonada pechera.

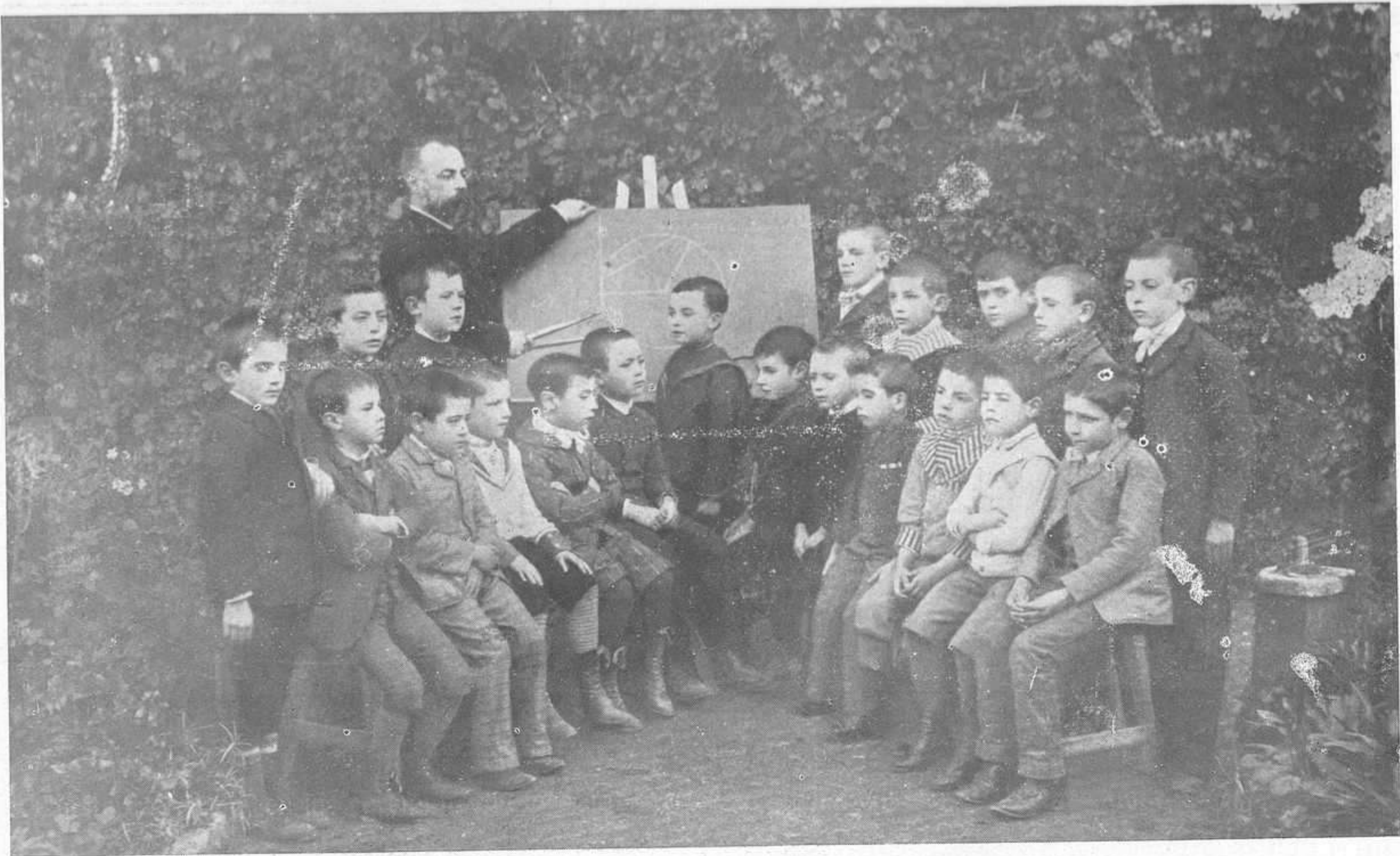


Fragmento de una carta que desde la Habana dirigió a su discípulo Rdo. Sr. Benjamín de Ciudadela.

Posteriormente, al ver una fotografía de Rabindranath Tagore (el poeta que han vertido a las lenguas latinas Madame Bovet-Babut y Madame



El Excmo. Ayuntamiento de Ciudadela y Comisiones acompañando el cadáver del Maestro al Cementerio.



El Sr. Benejam dando una lección de Geometría a una sección de alumnos de su escuela



Casita de recreo, en las cercanías del faro del puerto, en la cual pasaba el Maestro sus ratos de descanso

Pieczynska, Gabriela Mistral y Zenobia Camprubí), he recordado al Maestro Benejam. Ambos, además de la semejanza de obras y del mismo amor a los niños que las espiritualiza y avalora, poseen las mismas barbas apostólicas, cuidadas, severas, pero amables. Cuando los evoco, los comparo entre sí y pienso cuán feliz sería si ellos fueran ahora para mí algo así como los padres «Noel» de la literatura. ¡Cuánto ganaría mi pobre prosa y cuánto ganaría la de los demás si para ellos también lo fueran!

Todo lo indicado anticipadamente nos conduce, a ti, amigo lector, y a mí, a una conclusión quizá inesperada. Rabin-dranath es bastante co-



Monumento existente en el Cementerio Católico de Ciudadela, dedicado a la memoria del Maestro por sus admiradores. Es obra del escultor D. Miguel Arcas.

nocido; pero Benejam, aunque tenga cierta popularidad, no lo es lo que debiera serlo, y es menorquín (conste que no establecemos comparaciones). Ahora bien; un modo de hacerle justicia a su labor es dándolo a conocer y para ello, nada más oportuno que reeditar sus obras y facilitarlas al público. Una comisión de amantes de las letras podría realizar esta obra debida al Maestro y a Menorca. Lo cual sería el mejor y más bello homenaje.

Y tengo por seguro que la juventud de mañana nos agradecería la llegada hoy de este antiguo y nuevo Padre «Noel».

ANDRÉS CASASNONAS.

Ciudadela, Julio, 1929.

CHARLAS BREVES

ENCONTRAR un tema interesante para desarrollar, cuando el humor y casi las fuerzas se fueron, apenas Febo con sus rayos empezó a acariciar nuestras testas con demasiada insistencia, es labor un poco ardua y por tal motivo nuestra imaginación vuela en pos de la Musa, que le inspire y le permita el envío de unas líneas que salden el compromiso con esta Revista.

Temas interesantes los hay en abundancia, pues más que los temas en sí, es un obstáculo la desgana y la falta de humor para cualquier actividad, en momentos que mejor estaríamos en blanca barquilla y mecidos por las aguas de alguna de nuestras pintorescas y silenciosas calas, máxime cuando esa actividad es obligada y aplicada aun a algo que no es corriente en nuestros quehaceres diarios.

Por tal motivo, intentemos y aun con toda la modestia a que nos obligan nuestras condiciones, un pequeño comentario a la labor iniciada por un popular diario menorquín en pro del turismo en nuestra roqueta y así el esfuerzo imaginativo será menor.

A la par que necesario, creemos muy eficaz para los intereses de nuestra isla, cuanto se haga encaminado a desarrollar el conocimiento de las bellezas naturales de que es poseedora y sus bellos paisajes y cuanto pueda llevar al ánimo del turista la esperanza de una belleza ignorada o una emoción desconocida.

Se ha dicho y con razón que en Menorca no se ha intentado nada en serio para atraer al turista.

Y es también cierto que no se ha hecho nada en serio para que sean conocidas las bellezas que atesora nuestra isla y los rincones pintorescos que es lo que

con avidez busca el que desea efectuar algún viaje de recreo. Es ello tan cierto que se da el caso de que nuestro suelo es casi tan desconocido por los extraños, como por los naturales de aquí, representando ello otra cuestión importantísima que resolvería en gran parte la propaganda que se desarrollara para la atracción de visitantes.

Las bellezas, los paisajes pintorescos, los rincones poéticos y atrayentes, los efectos luminosos producidos por el crepúsculo y cuanto representa la poesía de la naturaleza, no se halla al alcance de las posibilidades espirituales de todos los seres y por ello se hace indispensable una lección y una guía que al efectuarse para los extraños serviría para los naturales demos-



Bajada a la playa de «Son Bou».

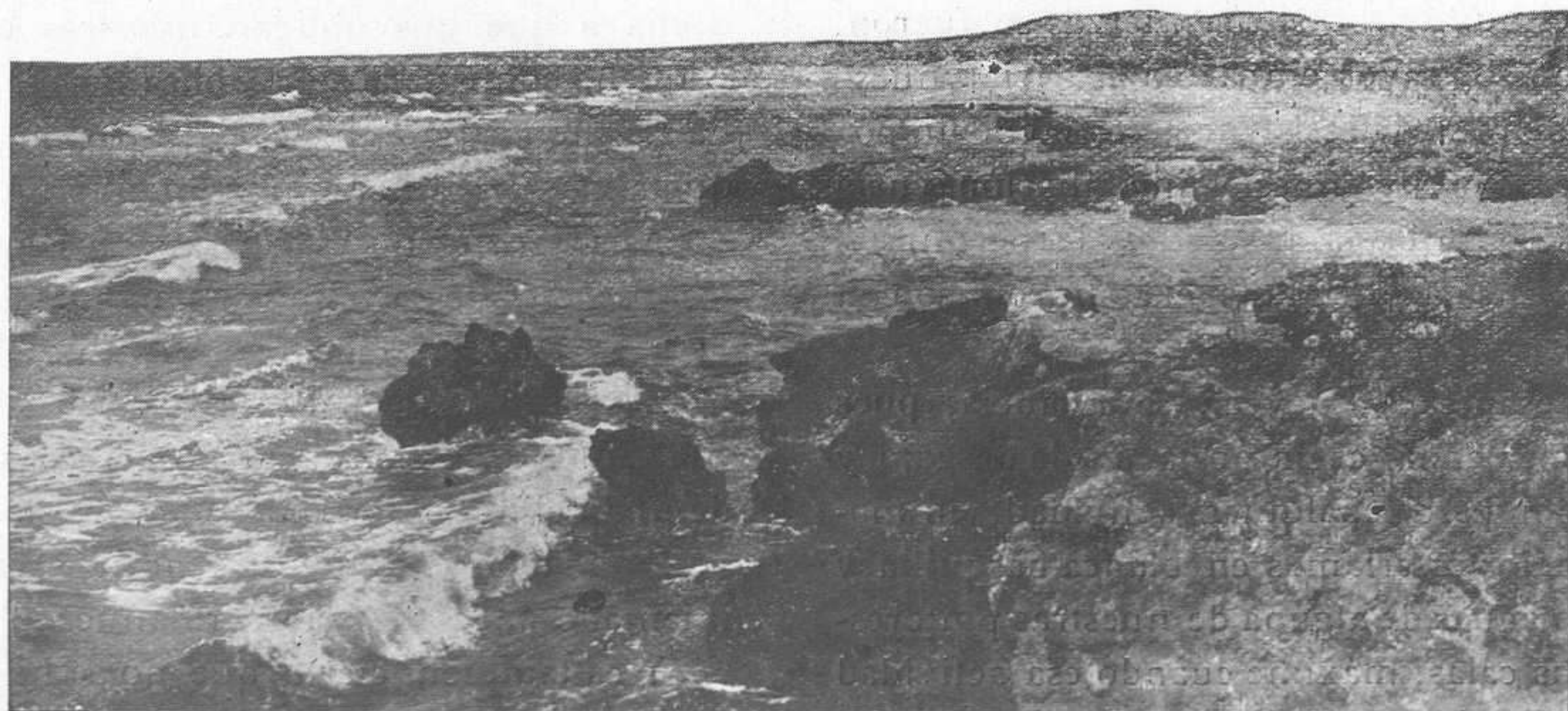
trándoles el encanto y la belleza que encierran pequeños trozos de tierra que pisaron y en los que no hallaron por sí más que vulgaridad y monotonía.

Para todos los descubrimientos se necesita una preparación que no todos tenemos y más cuando se trata del descubrimiento de bellezas que afecta a una preparación del espíritu aun menos vulgar.

Podría argüírseme que nuestra tan pequeña isla ha tenido sus historiadores y comentaristas que han dado a conocer oportunamente el valor de todas nuestras calas, playas, barrancos y demás sitios en donde la naturaleza fué pródiga en belleza y poesía, pero eso han sido trabajos cuyo valor ha quedado entre

páginas de algunas importantes obras y folletos que no se hallan al alcance del pueblo en general que vive en medio del mayor desconocimiento de cuanto le rodea

Por ello, seguir el ejemplo de otras islas y regiones, atemperándolo a las posibilidades y necesidades de nuestra isla es labor que debe de apoyarse pues es innegable el provecho material y espiritual que habría de reportarnos el conseguir ser punto figurante en la ruta del turismo internacional, como lo es nuestra hermana mayor, cuya proximidad y cuyas propagandas podrían servirnos de algo en la magna labor a realizar.



Playa de «Son Bou»

Con ello se cumpliría con una misión noble y altruista y se desarrollaría entre nosotros el conocimiento de muchas cosas un poco ignoradas.

No pensamos, ni creemos quiera nadie demostrar que nuestra isla sea un dechado de perfección o un *summum* de belleza.

Pero siendo la propia belleza tan difícil de definir pensamos que se halla en todos los rincones pues lo mismo es poética la visión destructora del choque de

las olas con el acantilado de la costa que la calma tranquila y plácida de una de nuestras calas.

Mostremos por ello cuanto a nosotros nos sea agradable, que teniendo Menorca, en grado sumo esas alternativas de color, paisaje y perspectiva, es seguro que muchos hallarán en muy diferentes sitios la belleza más apreciada por su constitución espiritual.

M. MASCARÓ.

Alayor.

Turismo

HABLAR de turismo en Menorca es lo mismo que internarse por los cerros de Úbeda y no sacar nada positivo.

El turismo requiere en nuestra pobre roca, esfuerzo grande de voluntad (esta no falta por fortuna) pero el dinero que se requiere para tan alta empresa, no sale, ni a mil tirones; unos porque no lo tienen y los demás porque si lo poseen, lo guardan para sí, y más cómodo es cortar el cupón que lanzarse a especulaciones que serían beneficiosas para la isla, y más beneficio obtendrían sus poseedores, a no tener el miedo cerval de aventurarse en algo que no sea seguro.

Algo y aún mucho podría hacerse en este sentido, pero.... no es posible. Estamos en la isla muy ricos de buenas voluntades y muy *pobres* de dinero para cualquier empresa que redunde en bien y buen nombre de nuestra pequeña patria.

¿Turismo? Cualquiera vá a admirar en el balconaje que dá al mar, en el mal llamado jardín municipal de Mahón, el soberbio hotel que tantas veces se ha levantado *in mente*, y que de haberse levantado, hubiese sido lo mismo, ya que aquí pocas comodidades y horas de solaz largas, podemos ofrecer al turista, y sobre todo al turista rico.

Para darnos a conocer en lo modesto que somos, todos los Ayuntamientos y toda la economía menorquina, aunase sus esfuerzos, pudiera obtenerse algo grande para nosotros; sólo porque llegue a saberse que Menorca es algo separado de Mallorca, ya valdría el dinero y labor invertido en ello.

Un algo bueno

Villacarlos, con su Ayuntamiento y su Ateneo, secundados por el comercio, podría atraer a la bocana de la isla, turistas, tanto compatriotas como extranjeros, que en verdad, si pudieran, a peso de oro, comprarían la villa esta, que no tiene envidia de los panoramas de Suiza, cabe sus encantadores lagos.

En combinación con la «Liga Marítima» de Mahón, que es la entidad que gracias a una Junta y Presidente infatigables, atraen y saben obsequiar caballerosamente a los nuestros y a los extraños y han tenido la virtud de enseñar a los mahoneses, sobre todo, que poseamos un mar y un puerto envidiado en el mundo, algo se haría.

Y con esta inteligencia, el turismo sería beneficioso a toda la isla, desde Villacarlos, atravesando por todos los pueblos de la isla, hasta llegar a la bella Ciudadela.

¿Un homenaje al distinguido amigo y escritor Sr. Lafuente Vanrell? Se aplaude la idea por buenísima y porque lo merece, no ahora, a raíz de cierto incidente, que tal vez por fobia de algún tercero en contra de un centro cultural, se hubiera zanjado entre amigos, sino mucho tiempo antes, que su labor es la mejor de nuestros intelectuales isleños.

EL SOLITARIO DE MENORCA.



MICHAEL SEGUÍ

EN la ciudad del calzado, que así podemos llamar a Ciudadela por su industria ya famosa en el mundo entero, se da el caso de sobresalir un joven artista de talento singular y vigoroso. Pocos han llegado a ocupar una supremacía tan rotunda, tan diáfana y vibrante, como esa que Seguí ha logrado en sus primeros pasos en la difícil senda.

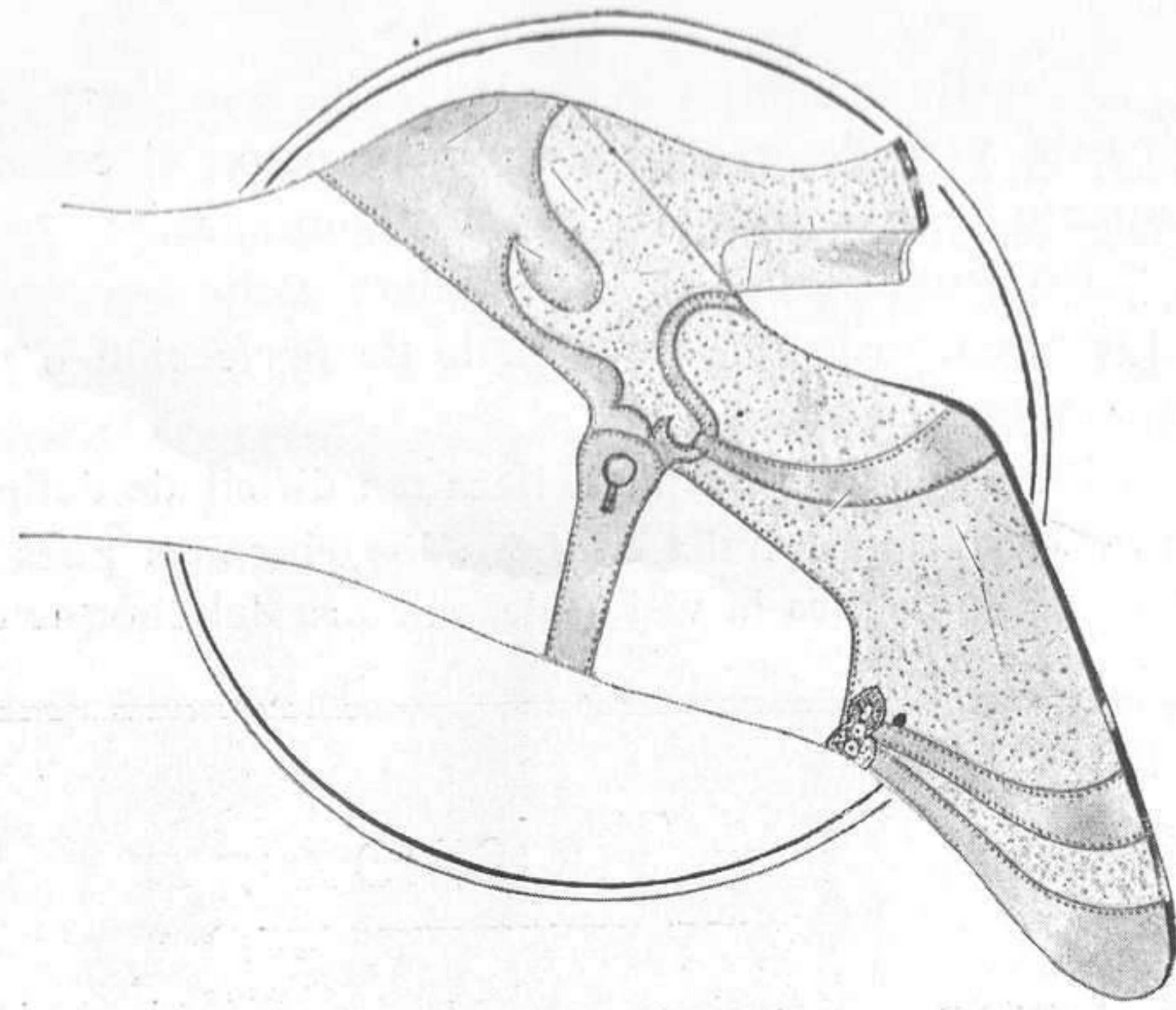
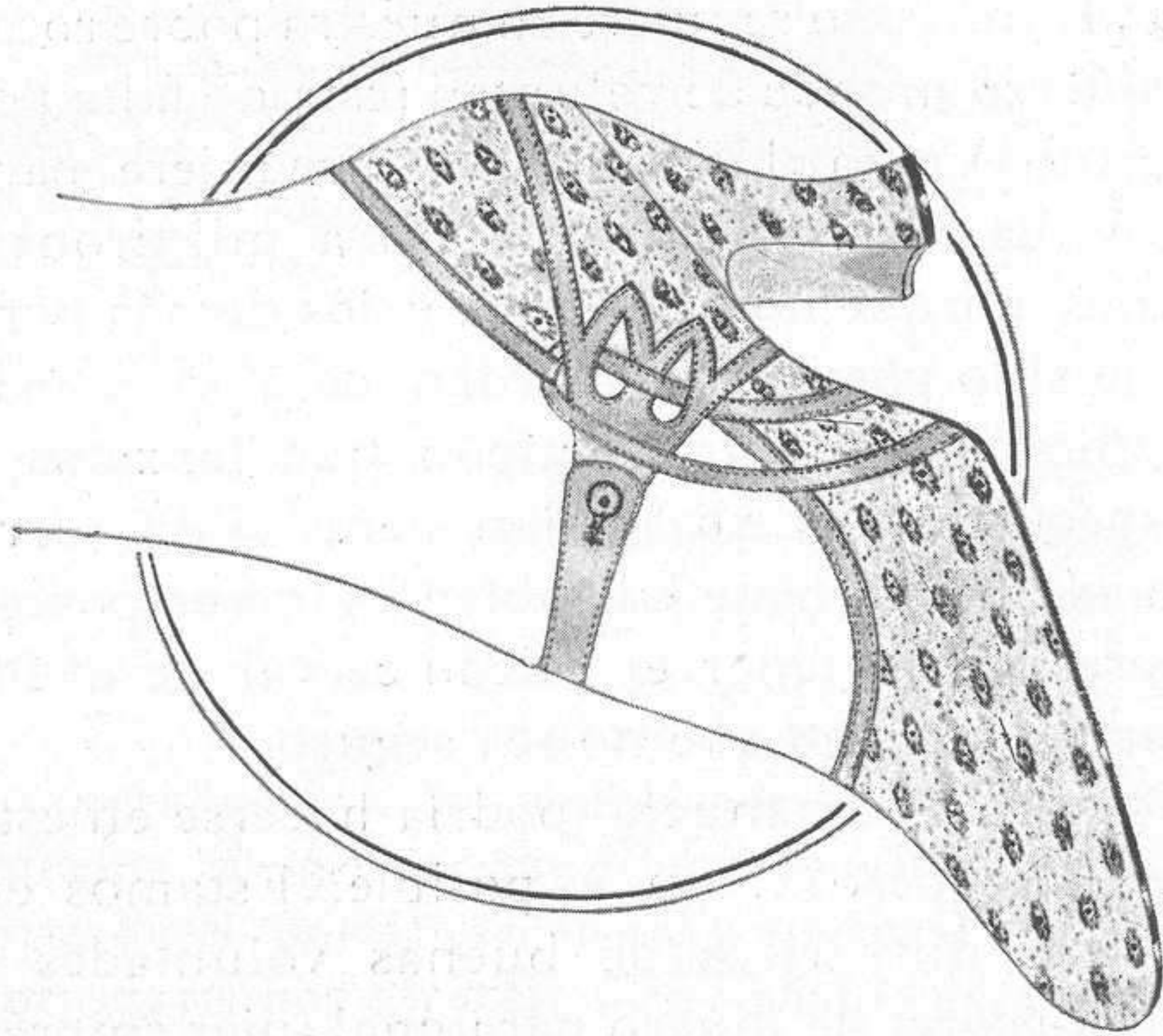
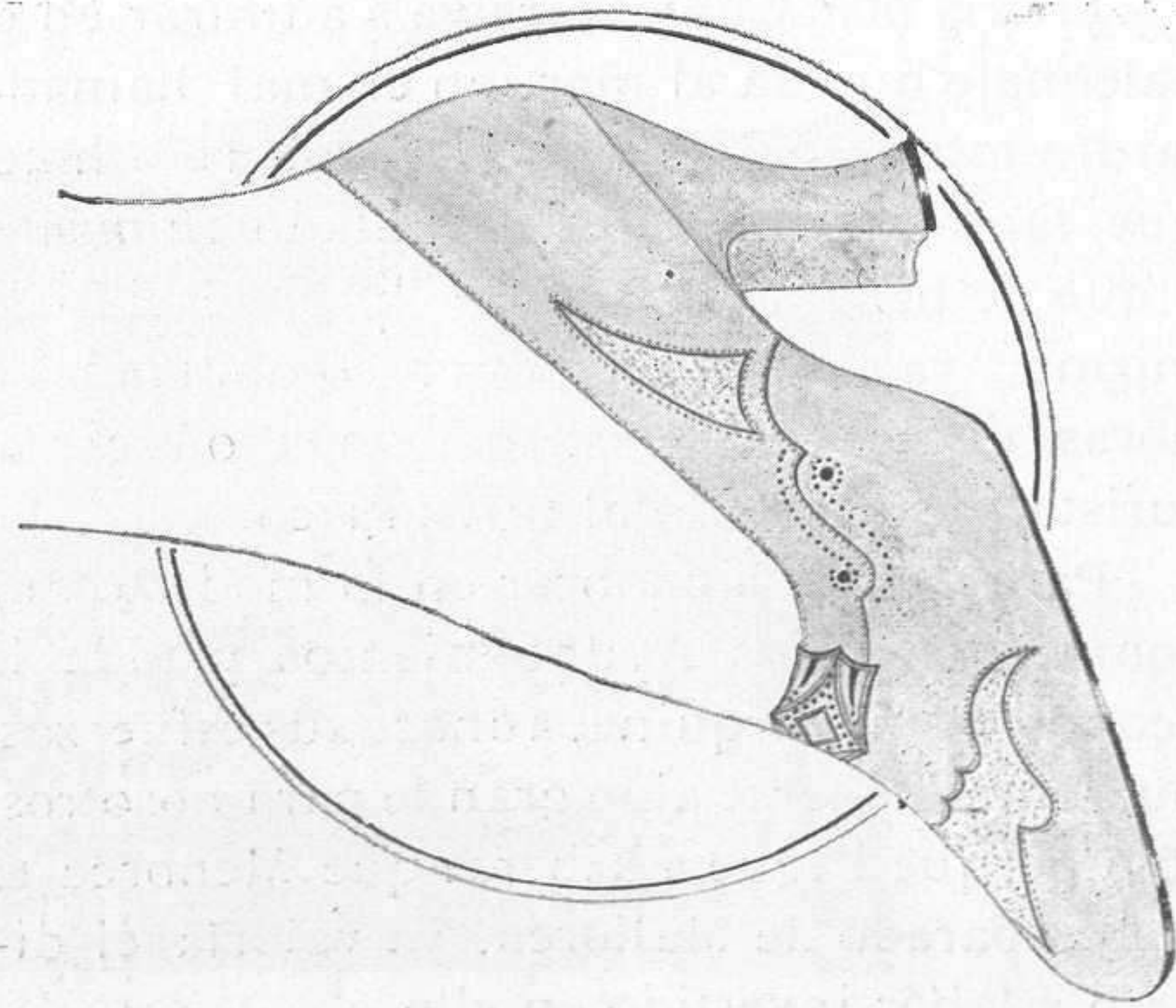
Artista de temperamento, nació — perdonese la expresión — para la industria o el arte del calzado con dones sobrenaturales, desarrollados en seguida. Trabajó con ahinco, y como había buena madera, la obra es espléndida. Ha triunfado. Y bien puede afirmarse que a su talento recurren gran parte de los fabricantes y que no logra atender las múltiples demandas de que es



objeto. De vez en cuando colabora en las revistas profesionales: pero su trabajo se lo veda en muchas ocasiones. En Ciudadela es casi el arbitro de la moda.

Por todo esto nos ha sido un poco difícil lograr su colaboración; pero como, a pesar de sus honores — ha sido premiado varias veces en concursos de París, Madrid y Barcelona, — es un buen menorquín, ha cedido a nuestras súplicas y nos entrega tres modelos artísticos, delicados, finos, donde la sobriedad y el buen gusto pregonan lo que indicamos.

Seguí es muy joven, apenas tiene veinte años, y si sigue por tan galana senda, ha de conseguir triunfos difinitivos que honrarán a nuestra isla.



EJERCICIOS DE ARTILLERÍA



El Sr. Coronel de Artillería Don Joaquín Montesoro, con los Sres. Jefes y Oficiales en un descanso

